



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

LA GENEALOGIA. FUENTE Y TECNICA HISTORIOGRAFICA

Rafael SÁNCHEZ SAUS

Universidad de Cádiz

Hubiera sido nuestro deseo que un escrito de estas características prescindiera de una innecesaria defensa preliminar de la conveniencia del uso de la Genealogía por el historiador. Los avances de las últimas décadas en ese terreno, en algunos de los cuales nos detendremos más adelante, y la positiva tendencia triunfante actualmente en las ciencias históricas, que prima la utilización de fuentes y técnicas diversas y complejas, capaces en su conjunto de ofrecer un panorama integrado de las sociedades observadas, podría habernos eximido de este deber inicial.

Sin embargo, es sabido que los recelos sobre una utilización normalizada de las fuentes y técnicas genealógicas se mantienen en una amplia capa de historiadores, y ello quizá no sólo por la perduración de simples prejuicios firmemente arraigados, sino como consecuencia de un primer y negativo contacto con alguno de los muchos genealogistas en los que la inspiración áulica se hace demasiado evidente. Así, la desconfianza que nunca había llegado a ser sustituida por el aviso crítico indispensable, se ha convertido en simple e integral rechazo. Podríamos citar algún trabajo en el campo de nuestra especialidad – la aristocracia castellana en la Baja Edad Media – que se ha resentido irremediabilmente de esta disposición del autor, y comentarios y advertencias contra el uso de los materiales genealógicos, vertidos a la ligera aquí y allá, o, más frecuentemente, simples desconocimientos tácitos de sus aportaciones, nos obligan a pensar que en otros campos de estudio el prejuicio, manteniendo su vigor, ocasiona daños semejantes.

Con todo, no podemos extrañarnos de que las cosas sean así. No se trata tan sólo de la vigencia de las honorables tradiciones heurísticas y hermenéuticas del positivismo. Estas, llevadas al extremo, y una vez vista la dificultad de separar el grano de la paja, condenaban en bloque a la Genealogía, a veces mediante el fácil recurso del escándalo o del comentario burlesco hacia los elementos mitológicos con que algunas fuentes genealógicas se adornan, siendo así que en su introducción no debe verse sino un ejercicio de erudición, a menudo, desde luego, disparatada y farragosa para el gusto actual, mas casi obligada en los tiempos anteriores a la eclosión racionalista y extensible a casi todos los géneros literarios y científicos.

A ello debe añadirse el ambiente poco propicio para la utilización de la Genealogía que se derivaba de las modalidades historiográficas más en boga en los últimos tiempos. La visible decadencia de la historia política y de la biografía, reductos en los que la Genealogía mantenía alguna posición ancilar, el acento puesto sobre lo cuantitativo y estadístico parecían exiliarla definitivamente – y con ella a sus cultivadores del trato de la comunidad científica.

Quizá en otros países, donde la tradición genealógica y el aprecio por la misma han estado más al abrigo de ataques o más asentados, el efecto conjunto de los elementos

reseñados no haya producido resultados tan negativos, pero en España no es infrecuente aún que se tache de «genealogista», con intención descalificatoria, a todo aquel que, incluso sin llegar a incluir fuentes o técnicas propiamente genealógicas en sus estudios, se afane en temas de historia nobiliaria o de las élites. La virulencia del prejuicio es tal que generaciones enteras de historiadores se han permitido el lujo de desconocer, o en el mejor de los casos infrautilizar, la obra rigurosa, exquisita y genial de Don Luis de Salazar y Castro, hasta el punto de que su mención, todavía hoy, sigue siendo excepcional, por no hablar de la de otros muchos autores eruditos e informados que son sistemáticamente despreciados. Y ello en nombre del rigor científico y de la solvencia de las fuentes, ignorándose que colecciones diplomáticas enteras, hoy desaparecidas o de difícil acceso, fueron utilizadas, reseñadas y a veces transcritas con fines que pueden no coincidir con los del historiador actual, pero cuyo examen, al menos parcial a través de memoriales y estudios genealógicos, sigue rindiendo claves importantes para el conocimiento de los grupos sociales tratados, particularmente los distintos escalones nobiliarios. Seguir llevando la desconfianza hasta límites que impidan el uso de estas inestimables fuentes, nos parece ya más muestra de soberbia y de desprecio hacia la labor de quienes fueron nuestros predecesores que desempeño crítico. Más aún, es nuestra opinión que incluso en los casos en que determinados productos genealógicos puedan levantar fundadas sospechas por carecer de respaldo documental, no por ello debe desdeñarse su estudio, pues a menudo las informaciones contenidas responden a sólidas tradiciones familiares que, si muchas veces tienden a embellecer los orígenes más remotos del linaje, por lo general ofrecen interesantes informaciones sobre etapas más próximas del mismo, casi imposibles de adulterar en un medio social tan estrecho, e incluso puntilloso sobre esas cuestiones, como era el destinatario. Cuántas veces esas informaciones, aunque sólo aporten una serie de filiaciones no justificadas, pueden servir como primera hipótesis a cuya luz se iluminan los datos procedentes de la documentación contemporánea, de forma que lo que hasta entonces era inconexo y confuso, al entrar en relación con lo que no pasaba de ser hipotético y dudoso, ofrece como resultado un conjunto de noticias coherentes, desde luego no siempre completas, pero suficientes para dar paso a otros interrogantes acerca del grupo social en cuestión.

Dicho lo anterior, tampoco debemos engañarnos ni ocultar la verdadera entidad de algunos aspectos del prejuicio antigenealógico, aunque normalmente éste se presente envuelto en ropajes de pretensión científica. En palabras de Meurgey de Tupigny, «la généalogie a été souvent un motif de friction sociale, en ce qu'elle suppose une continuité insupportable à certains esprits, incompatible avec une certaine idéologie»¹. Es inútil pretender combatir las manifestaciones de esa tendencia plebeya que Meurgey de Tupigny denuncia con la benemérita disposición que en el mismo sitio le lleva a afirmar que «la science généalogique s'étend à toutes les familles, quelles qu'elles soient, et fait passer au second plan les considerations nobiliaires». Para los recalcitrantes, la sólo posibilidad de una genealogía «popular» exacerba el rencor antes que lo mitiga, pues la motivación última de éste no reside en alguna trasnochada representación del género sino en su mismo fundamento, en lo que Willigan y Lynch llaman «imperativo genealógico» del espíritu humano, – «a human desire to invent, describe or clarify links to ancestors» –³, imperativo vinculado al hecho de que toda comunidad o sociedad real – y no simplemente con-

ceptual – es un proceso en el tiempo. Este imperativo, que explica la existencia de genealogías en casi todas las clases de sociedades imaginables, desde las protohistóricas a las postindustriales, fue ya agudamente enunciado por Edward Gibbon: «A lively desire of knowing and of recording our ancestors so generally prevails that it must depend on the influence of some common principle in the minds of men. We seem to have lived in the persons of our forefathers; it is the labor and reward of vanity to extend the term of this ideal longevity. Our imagination is always active to enlarge the narrow circle in which nature has confined us. Fifty or a hundred years may be allotted to an individual; but we stretch forward beyond death with such hopes as religion and philosophy will suggest, and we fill up the silent vacancy that precedes our birth by associating ourselves to the authors of our existence»⁴.

Contra este espíritu, y más contra su posible extensión a grupos humanos hasta ahora poco penetrados por él, se alza la afirmación igualitaria que domina las parcelas más influyentes del pensamiento de la modernidad. Es de suponer, sin embargo, que las víctimas de nuestro «imperativo genealógico» crecerán en la misma medida en que las sociedades urbanas e industriales sientan la necesidad de signos compensatorios de identificación y arraigo. La buena salud de la genealogía familiar en todas partes, la nueva popularidad – ya apenas vergonzante – de que parece gozar, así nos lo confirma.

Paralelamente a este proceso de recuperación del gusto por una genealogía familiar que debemos procurar sepa estar a la altura de su nueva misión, depurándola cada vez más en sus técnicas y resultados, y denunciando allí donde aparezcan los restos de prácticas abusivas que tanto daño han hecho a su prestigio, se ha venido produciendo el rescate de las fuentes y técnicas genealógicas para los estudios históricos.

En su ya clásica obra sobre *Les Généalogies*⁵, Lèopold Génicot acierta a definir el género y a resumir en unas breves páginas su evolución a lo largo de la Edad Media, época a la que exclusivamente se refiere su trabajo⁶. En él, la genealogía aparece como «une œuvre indépendante, écrite ou dessinée pour faire connaître la filiation d'une famille ou d'un individu»⁷. Este es su objeto específico, el que la distingue de crónicas, «libri memoriales» y «nomina regum». Sin embargo, no todas las genealogías pertenecen a este tipo tan puro; muchas se deslizan hacia la crónica, dando paso al relato de hechos, y algunas presentan el aspecto de catálogos reales. Además, sin llegar a conformar verdaderas genealogías, hay elementos genealógicos, a veces hasta sobre tres o cuatro generaciones, en obras muy diversas, tales como anales, vidas de santos, etc... Esta capacidad de la genealogía para impregnar géneros tan distintos desde sus mismos orígenes, nos muestra ya su carácter abierto, su aptitud para iluminar aspectos de la realidad que de otro modo quedarían inevitablemente postergados. Bartrum, al reproducir las genealogías que figuran en las *Vitae* galesas del siglo IX⁸, ha mostrado cómo desde ese remoto tiempo el género ha respondido al imperativo genealógico que antes hemos mencionado, dando satisfacción al deseo de situar al personaje biografiado en el superior marco familiar sin el que el hombre apenas se concibe en la época.

En cuanto a la evolución de la genealogía, Génicot señala cómo las más precoces y numerosas corresponden a las regiones célticas y al entorno de los reyes germánicos. En consecuencia, «les premières d'entre elles perpétuent manifestement les structures, les conceptions et l'esprit de ces deux peuples»⁹. Su antigüedad se

remonta, tanto en Irlanda como en el continente, a los inicios del siglo VII, y aquí están dedicadas de modo exclusivo a las dinastías reales. Esta exclusividad se mantiene hasta mediados del siglo XI, con alguna contadísima excepción¹⁰, pero desde entonces se asiste a la ampliación de su objeto, ahora constituido por los «principes», de hecho verdaderos soberanos en sus «regni» y, muy frecuentemente, de sangre real. Esta línea se refuerza a lo largo de los siglos XII y XIII, sobre todo en las regiones que ya desde entonces muestran mayor entusiasmo por el género: Flandes, Alemania, el norte y el oeste de Francia. Hacia 1100 comienzan a aparecer genealogías de linajes derivados de casas principescas y condales; a veces, incluso, de familias relativamente modestas: en 1121 es la de Lambert de Saint-Omer, la cual al menos cuenta con un vizconde en sus filas; entre 1152 y 1170 la de Lambert de Watrelos, nunca superadora de la simple caballería. Durante los siglos XIII y XIV amplias fracciones de la nobleza son incluidas en trabajos genealógicos, pero el género se mantiene, en esencia, fuertemente regionalizado, con un núcleo central-Flandes desde el que irradia hacia las zonas ya mencionadas e Inglaterra.

En cuanto a la Península Ibérica, Navarra fue siempre la tierra más receptiva para la literatura genealógica. No podemos ofrecer aquí un panorama, ni siquiera resumido, de la evolución de la genealogía hispana medieval¹¹, pero si debemos hacer constar que, con muy escasas y circunstanciadas excepciones, no supera el marco de la realeza y de las dinastías condales hasta el siglo XV.

Durante la etapa de progresiva ampliación de su objeto, la genealogía, al mismo tiempo, cambia en sus formas. Ya no se limita a las líneas principales de los linajes, sino que abarca los colaterales y presta atención a mujeres y segundones. Por otra parte, la genealogía pura se rarifica, tomando mucho del aparato evenemencial de la cronística, cuando no se convierte en simple armadura del relato historiográfico. Aunque la genealogía pura alcanza nueva vitalidad mediante la adopción de la forma gráfica – el «stemma», el árbol-, los pasos principales hacia la fórmula moderna del memorial se dan ya durante la Baja Edad Media. A la vista de esta evolución, no sorprende que Génicot acabe preguntándose si el género no obedecería a una especie de ley genética que le impondría la progresiva ampliación del contenido.

Tras la profunda crisis que la oleada humanística supuso para la genealogía, el siglo XVI asiste al resurgir del género de la mano de una numerosa pléyade de autores que lo renuevan, mas, como afirma Mattoso, «com propositos diferentes e noutro contexto cultural»¹².

El juicio que un tan experto historiador como Génicot emite acerca de la utilidad de la genealogía es concluyente: bajo su aparente sequedad, la genealogía permite esclarecer cuestiones referentes a política, religión, sociedad, cultura, acciones individuales o corrientes colectivas, hechos, estructuras, creencias y mentalidades¹³. Aunque, como género, la genealogía medieval se resiente de la escasa densidad de la producción – lo que convierte a cada una de sus muestras en un caso particular sobre el que es difícil extraer consecuencias generales, este autor no teme resaltar su alto valor para la historia política – el conocimiento de determinados hechos y, sobre todo, de su intencionalidad se ve socorrido por la existencia de genealogías – y para la comprensión de las estructuras del poder, a menudo reflejadas con fidelidad. Asuntos de gran interés, tales la composición de los linajes importantes o la evolución de los esfuerzos para imponer la hereditariadad o el principio de primogenitura forman parte de su atractivo y, a veces, han inspirado su redacción. Las bases de

ese mismo poder, centradas en la Alta Edad Media en la sangre y la santidad, se transparentan, igualmente, en las genealogías contemporáneas.

Las genealogías reflejan también las sociedades que las crearon. Nos hablan de los distintos escalones jerárquicos en el seno de la nobleza, de las estructuras familiares, de la evolución demográfica, de la fortuna e implantación de las familias, de sus poderes y alianzas, de la evolución de sus signos, de la adopción de patronímicos y apellidos, del surgimiento y extensión de la heráldica. Más allá de todo esto, pueden contribuir al descubrimiento de la representación que cada individuo se hacía de su parentela y de su propia situación en el seno del grupo¹⁴.

Finalmente, las genealogías son un testigo privilegiado de la cultura, sobre todo de la literaria. Compuestas primero en monasterios, luego también en las cortes, dan cuenta del fenómeno de laicización y del surgimiento de una cultura profana y caballeresca cuyos ideales heroicos han encontrado un campo abonado en las características del género. Otros muchos rasgos de la misma son rastreables en esas aparentemente poco interesantes sucesiones de filiaciones, por no considerar su valor en el surgimiento y evolución de la memoria familiar, tan determinante para la cristalización de la conciencia aristocrática.

Todas estas posibilidades de la genealogía para el historiador, sobre todo las que se relacionan con el estudio de las estructuras familiares en los términos expuestos y con la profundidad deseable, nos obligan a introducir en nuestro discurso no sólo a las genealogías elaboradas por los propios contemporáneos – únicas tratadas hasta el momento – sino a aquéllas que son fruto de la reconstrucción de los historiadores mediante la búsqueda y atribución de cualquier dato referido a los individuos que formaron parte de un determinado linaje. La genealogía pierde aquí su condición de fuente para convertirse en instrumento de la tarea del historiador. Su papel puede ser de una gran importancia pues, aunque «siempre incompletas, a menudo inciertas, nos dan la imagen verdadera, diría biológica, del grupo familiar en su duración y son evidentemente indispensables para aprehender las condiciones materiales de la historia familiar»¹⁵. Parafraseando lo que a propósito del folklore comentara E.P. Thompson¹⁶, creemos que no es necesario seguir presentando argumentos sobre la conveniencia de prestar más atención a los materiales genealógicos. Tampoco se trata de utilizarlos acríticamente, sino de emplearlos selectivamente en la investigación de cuestiones que hasta hace pocos años prescindían de ellos por completo.

En otros terrenos aun podremos añadir nuevas posibilidades de la Genealogía, procedentes esta vez de su relación con la disciplina que en 1974 merecía ser considerada por Pierre Chaunu como la más fecunda de toda la investigación histórica en los diez años precedentes. Nos referimos a la demografía histórica¹⁷.

La escuela de demografía histórica surgida en Francia hacia 1950 de la mano de historiadores (Labrousse, Meuvret, Reinhard) y de profesionales de la demografía y la estadística (Sauvy, Henry, Fleury), fue sensible desde el primer momento al papel que en sus métodos podía jugar la vieja técnica genealógica. Louis Henry, constructor de la nueva metodología entre 1953 y 1956¹⁸, afirmaba en 1963: «Quant aux généalogies, elles restituent à la démographie – qui est avant tout une Histoire – sa longue durée, donc son plein rendement. A maints égards, elles sont plus révélatrices que les statistiques publiées. L'évolution de la fécondité, par exemple, est attestée de manière plus probante par des indices généalogiques que par n'importe quels autres»¹⁹.

En la misma sesión del C.I.D.H., Pierre Goubert consideraba como de primer orden los resultados demográficos que procuran las genealogías completas. Su peculiaridad reside además en que los datos que suministran, limitados a una clase social, no constituyen un sondeo, sino que nos informan de las categorías sociales reales, sean éstas los burgueses de Ginebra o los duques ingleses, lo que, como veremos más adelante, constituye algo de la máxima importancia²⁰.

La multiplicidad de fuentes habitualmente utilizadas por los genealogistas, cuya actividad no se limita a los registros parroquiales y eclesiásticos en general sino que abarca todo género de documentación pública y privada, avalaba en el mismo coloquio la conclusión alcanzada por J.T. Krause, para quien, «While I would certainly agree that an uncritical use for the genealogies could lead to great error, I think that they can be used to obtain important data on duration of marriage, and other important aspects of mortality and fertility»²¹.

La demografía histórica inglesa, centrada desde 1964 en el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure, no ha escatimado tampoco su reconocimiento a la genealogía. E.A. Wrigley admite al respecto que existen informaciones genealógicas comparables en fiabilidad a las que suministran los registros parroquiales²², elemento básico de la encuesta demográfica.

Este encuentro de la demografía histórica con la genealogía es inevitable si la primera se presenta como «el estudio numérico de la sociedad a través del tiempo», siendo su objetivo «rescatar los hechos que se relacionan con la contabilización de las personas, su propensión a nacer, a casarse, a morir, su disposición en familias, pueblos, ciudades, regiones, clases, etc..., de la forma más precisa y remontándose lo más atrás posible»²³. Una vez más, allí donde se presta atención a la estructura familiar, y por ende a la reconstrucción de las familias, la genealogía aparece como un instrumento útil, especialmente para aquellos períodos de la historia en que no se dispone de otra fuente de información demográfica. En muchos casos puede revelar los lazos existentes entre los individuos y las generaciones, y, en general, cuando las genealogías están disponibles y presentan garantías de fiabilidad, proporcionan al demógrafo conjuntos familiares ya reconstruidos con el consiguiente ahorro de tiempo y trabajo en la investigación.

Estas virtudes se hacen más evidentes si, como sucede con frecuencia, nos encontramos ante genealogías complejas que no abarcan a un solo linaje, sino a un grupo de ellos seleccionados según un determinado criterio. Entre estas genealogías complejas Willigan y Lynch señalan dos tipos de especial utilidad: las que podríamos llamar «corporativas» – contienen información sobre un conjunto de linajes definidos por una posición social homogénea, el disfrute de un oficio hereditario o un status político –, o las de alcance territorial, las cuales contienen información demográfica acerca de las diferentes familias que pueblan un territorio o distrito. En este caso, del que son ejemplo cualificado las genealogías locales alemanas (Ortssippenbücher, Dorfsippenbücher), la dimensión espacial, unida a la común temporal de estas fuentes, las hace extremadamente valiosas para el análisis demográfico histórico²⁴.

Particularmente interesantes para el demógrafo son, igualmente, las llamadas genealogías descendentes completas – aquéllas en que, a pesar de la dispersión espacial de las fuentes y de los sujetos, el autor ha pretendido enumerar a todos los miembros de las familias estudiadas, acompañando su identificación nominal con sus

características genealógicas esenciales (fecha y lugar de nacimiento, matrimonio y muerte). Sólo este tipo de genealogías permite acercamientos plenamente logrados a cuestiones tales como la esterilidad de la parejas, la mortalidad infantil y juvenil, la intensidad del celibato definitivo, la frecuencia de las segundas nupcias, etc...; desgraciadamente estas joyas son muy raras, por lo que no pueden considerarse representativas del material genealógico habitual, pero, incluso en éste, es posible encontrar un auxiliar válido, sobre todo para ciertos aspectos del trabajo demográfico. René Jetté y Hubert Charbonneau han podido indicar los siguientes²⁴:

- 1) Relaciones entre la movilidad espacial y los fenómenos demográficos, los cuales escapan a las reconstrucciones familiares basadas en la documentación de una sola parroquia. Aunque las genealogías versen, normalmente, sobre las clases superiores de la sociedad, el problema que representan las migraciones familiares sería, al menos en parte, esclarecido.
- 2) Más ampliamente, diversos análisis diferenciales inabordables en el marco parroquial pueden llevarse a cabo a través de las genealogías. Entre ellos, el comportamiento demográfico de las poblaciones según el hábitat, las categorías sociales, la religión, la nacionalidad, etc... En opinión de los autores citados, ello contribuiría a ligar más estrechamente los fenómenos demográficos con sus contextos históricos.
- 3) Las manifestaciones de endogamia (espacial, familiar, social) son casi invisibles en el seno de una parroquia, mientras que «les histoires de famille complètes fournissent suffisamment d'information pour que le démographe puisse effectuer une mesure élémentaire de l'influence de divers types d'endogamie sur chacun des phénomènes démographiques».
- 4) Incluso formas genealógicas claramente insuficientes para el demógrafo por incompletas pueden utilizarse con provecho si éste ajusta su pretensión a lo que la fuente ofrece. Jetté y Charbonneau nos exponen un ejemplo muy ilustrativo de ese esfuerzo de adaptación: genealogías con lagunas sobre la mortalidad infantil o que sólo recojan a los vástagos que hayan adquirido estado, pueden ser aptas si el interés del demógrafo se desplaza desde la fecundidad total a la descendencia útil.

En cuanto a las genealogías ascendentes, dos circunstancias avalan su interés demográfico: su número y su fiabilidad. Lo primero procede del mayor favor que suele gozar entre el genealogista aficionado o profesional – adoptando con frecuencia la forma de árbol de costados – por ser más fácil y estimulante investigar las ascendencia directa que las relaciones de parentesco lejano. Por otra parte, y desde el estricto punto de vista demográfico, la genealogía ascendente es más fiable, pues mientras que las omisiones de la descendente pueden permanecer desconocidas para siempre, comprometiendo el resultado de la labor, en aquélla todo lo que puede suceder es que tropecemos con una filiación errónea, lo cual, aun convirtiendo en falsa toda la ascendencia a partir de ese eslabón, no por ello la priva de su realidad demográfica²⁶.

Estas ventajas del adecuado uso de la genealogía para el demógrafo histórico no son absolutas ni pueden disimular los numerosos y graves problemas que estas fuentes vivas y complejas presentan. Casi todos proceden del hecho de que la genealogía suele ser compilada y redactada décadas, cuando no siglos, después de haber ocurrido los hechos que relatan y de haber fallecido sus protagonistas.

En esas circunstancias, cada genealogía puede ser eco de numerosas fuentes y tradiciones orales o escritas distintas, debidas a manos muy diferentes y de muy diversa solvencia. Por otra parte, y puesto que su declarado propósito es establecer el mayor número de nexos con un pasado cuanto más remoto mejor, pueden contener gran número de datos de escasa fiabilidad o simples falsificaciones, aunque en esto no son distintas de otras muchas fuentes tradicionalmente más acreditadas. El peligro se hace patente cuando la inspiración original de la genealogía estuvo constituida por el deseo de posibilitar el acceso a cargos públicos, sociedades honoríficas o corporaciones nobiliarias en los que la demostración de una ascendencia conveniente era un elemento de peso decisivo. No sólo hay riesgo de falsificación por la creación de lazos imaginarios con personajes de prestigio, sino también por el ocultamiento sistemático de determinadas categorías de parientes. Como Willigan y Lynch han subrayado, «each family or society has had its own notion of those ancestors or collateral kin whose existence is best forgotten»²⁷.

Ya hemos visto que estas omisiones son, en general, más graves para el demógrafo que los enlaces ficticios. En realidad, buena parte de las dificultades proceden de los diferentes fines otorgados a sus trabajos por los demógrafos y los genealogistas, incluso cuando éstos han operado de forma modélica. La preocupación del genealogista suele estribar en establecer un nexo entre un personaje o grupo familiar específico, a menudo contemporáneo, y unas raíces históricas. En esta tarea es muy secundario, y a veces inconveniente, demorarse en la elucidación de las diferentes ramas que surgen con cada generación. Sin embargo, el demógrafo histórico prefiere comenzar a partir de un ancestro bien documentado y dar cuenta de toda la descendencia de dicho sujeto. Pero, en el mejor de los casos, las genealogías fueron encargadas o realizadas tanto para enfatizar la gloria de un linaje como para resaltar su perduración en el tiempo. En consecuencia, aquellos que contribuyeron poco o nada a estos fines fueron olvidados o subrepresentados. Como se ha señalado, «la posibilidad de ser incluido en una genealogía está positivamente determinada por el número de descendientes directos que se haya producido»²⁸, y aunque hoy pensemos que el paso de la niñez a la edad adulta, al matrimonio y a la procreación, antes de la muerte, constituye el ciclo vital «normal», parece claro que en el pasado estas vidas cumplidas no constituían necesariamente la regla. J. Ruwet exponía muy gráficamente las derivaciones prácticas obligadas de esa mentalidad con que fueron realizadas la mayor parte de los documentos genealógicos: «Ici, les enfants morts en bas âge n'ont pas été relevés systematiquement; là, les filles manquent; là, encore, on n'a porté son attention que sur les tenants ulterieurs du titre ou de la magistrature...»²⁹. En honor a la verdad debemos matizar que problemas semejantes se encuentran en fuentes de apariencia más fiable, tales los testamentos, por lo que las genealogías, a pesar de sus limitaciones, siguen siendo instrumentos imprescindibles para los tiempos preestadísticos³⁰. Por otra parte, los propios demógrafos han desarrollado sistemas muy refinados que permiten completar o suplir los datos proporcionados por fuentes genealógicas. El conocimiento acerca de temas como la mortalidad infantil, edad en que se produce el matrimonio o la defunción, la fertilidad femenina, etc..., puede beneficiarse en gran manera de la correcta aplicación de estas técnicas³¹. De todos modos, sería muy deseable que la colaboración entre demógrafos y genealogistas fuera recíproca, es decir, que también

éstos se esforzasen en trabajar mejor, pues, como han denunciado Jetté y Charbonneau³², con frecuencia se echan de menos informaciones que los genealogistas han tenido ante sus ojos y que, sin embargo, no han considerado interesantes. La exigencia no parece excesiva: «Non qu'ils doivent perdre un temps infini à chercher la date de naissance d'une épouse ou à statuer sur le destin d'un enfant perdu de vue: le démographe sait s'accomoder d'une date de naissance approximative ou de la mention d'une dernière présence». Con todo, una vez más, debe advertirse de los peligros que supone basar en exclusivas fuentes genealógicas conclusiones demográficas sobre una cohorte, una región, etc...

Hace ya veinticinco años que Hollingsworth puso de relieve cómo los datos genealógicos envían por sí mismos, de forma natural, al análisis de ese elemento básico de la demografía histórica que es la cohorte³³. De hecho, la evaluación de estos datos comienza con la asignación de los individuos a sus respectivas cohortes – grupos de población que experimentaron el mismo acontecimiento vital, generalmente nacimiento o matrimonio, hacia el mismo momento. El viejo cómputo generacional que en muchas genealogías medievales y modernas, dotadas de la misma indiferencia hacia la exactitud cronológica que las sociedades e individuos de quienes se ocupan, constituye la casi única forma de validación y ordenación de las noticias que proporcionan, se ve elevado de esta forma a la consideración de referencia sociológica aunque, como se sabe, no siempre la cohorte se ajuste a los límites generacionales.

Otro problema, directamente relacionado con el carácter principal de la genealogía, consistente en su dimensión temporal, su diacronía, es la probabilidad, incluso en los ejemplares mejor elaborados y que ofrezcan un conjunto de noticias más completo, de que las características sociales que originalmente definieron al grupo familiar se diluyan con el paso del tiempo. Esto puede ser un grave inconveniente para quienes necesiten basar sus conclusiones demográficas o de otra índole sobre una determinada categoría, clase o grupo social, pues los descendientes de ancestros comunes pueden no compartir otra cosa que su herencia genética, pero, por contra, añade al uso de la genealogía por el historiador un valor suplementario, ya que permite el estudio de la movilidad social a lo largo de varias generaciones, perceptible en circunstancias tan intrínsecas a la información genealógica como pueden ser la evolución de la calidad de los matrimonios y los tratos y disposiciones que se efectúan con motivo de un enlace. El carácter solemne y decisivo que se confiere a las bodas en todas las sociedades tradicionales y preindustriales permite que, con tal ocasión, se revelen los matices de la posición social de cada familia así como su estrategia de alianzas.

Por otra parte, este punto nos lleva a una cuestión de entidad más profunda en el que la genealogía muestra su verdadera calidad como fuente histórica. El método demográfico ya clásico, fundado en el reagrupamiento de familias reconstruidas en cohortes decenales o pluridecenales según la fecha de matrimonio, suministra un cuadro muy preciso para el análisis estadístico pero, aparte otros problemas prácticos menores, deja sin resolver uno esencial, inherente a su mismo fundamento y que le otorga un componente ilusorio. Alain Becchia ha sabido penetrar audazmente en este tema de importancia capital: «Sociologues et historiens n'ont-ils pas admis qu'il existe à travers une société, un pays, une multitude de temps sociaux, régionaux ou locaux? De la même façon, outre un temps «légal», point de repère indispensable, les

hypothèses de travail devraient intégrer une autre dimension chronologique – existentielle – inhérente au cadre de vie familial ou lignager. L'histoire d'une couple résulte de la rencontre de deux personnes pétries chacune d'une expérience personnelle et héritières d'une tradition. Au lieu d'additionner des fiches de famille anonymes, il faudrait donc garder pleine conscience que l'on justapose des individus (a et b) + (c et d), etc. et que le temps vécu n'est pas le même pour tous. A l'évidence, bien qu'ils soient contemporains, a, b, c, d n'auront pas un comportement identique s'ils sont les aînés ou les cadets, si leurs parents sont encore jeunes ou décédés, si leur enracinement local remonte à leurs grands-parents ou s'ils viennent d'arriver, s'il y a eu continuité dans la transmission d'un patrimoine, l'exercice d'un métier ou non, s'ils appartiennent ou n'appartiennent pas à des familles ayant déjà limité leur natalité»³⁴.

La amplitud de la cita se justifica por la magnífica irrupción de lo histórico que implica y por la recuperación de la dimensión más genuinamente genealógica que supone. Becchia, que propone el tratamiento de todas las fichas de familia «de façon résolument généalogique» para obtener verdaderos núcleos sociológicos fácilmente reconocibles, sensibles a los cambios geográficos o sociales y abiertos al exterior a través de los enlaces matrimoniales, no oculta la gama de nuevos problemas que se plantean para dar cuenta de una realidad tan móvil y de límites imprecisos en el que muchos cabos quedan finalmente sueltos: problemas de ordenación de las fichas, de presentación gráfica, de análisis estadístico, incluso de redacción. Si para Becchia «cette réelle complexité est le prix à payer», para nosotros es la garantía misma de la bondad de su sistema, la indicación más segura de su identidad con las realidades familiares y sociales – históricas – en las que nada está compartimentado artificialmente. El planteamiento de Becchia, cuya adaptación a cuestiones concretas él mismo se encarga de demostrar en asuntos tan arduos como las mutaciones sociales, la limitación de la natalidad y las estrategias matrimoniales, representa la plena madurez de las ya amplias relaciones que, como hemos ido viendo, forjaron desde el inicio la demografía histórica y la genealogía.

Todo lo anterior anuncia ya el siguiente paso en este recorrido alrededor de las nuevas posibilidades de la genealogía como fuente y técnica historiográfica. Nos referimos a su utilización por parte de la historia social como un elemento más de la amplia gama de recursos empleados para sus fines comparativos y cuantitativos.

Para servir mejor estas exigencias la genealogía ha alumbrado nuevas formas que son conocidas bajo la denominación de «genealogías sociales». Las genealogías sociales, cuyas características principales veremos después, permiten profundizar desde una nueva perspectiva en cuestiones tales como las estructuras sociales y su evolución, la formación de los diversos medios, las relaciones sociales, los comportamientos e incluso la psicología colectiva. Estos temas permiten abrir una ventana al conocimiento de ciertos aspectos del alma profunda de numerosos grupos sociales cuyo sostén ha sido, de forma más o menos eficaz o duradera, la familia estrecha o amplia³⁵.

La originalidad de las genealogías sociales estriba en su carácter radial, no ascendente o descendente como las clásicas, lo que permite dar cuenta de variables más complejas. Se parte de un núcleo central, formado por una pareja, y se registran los ascendientes de ambos, marido y mujer, hasta los abuelos. También se integran en la genealogía todos los hijos de la pareja central, varones y hembras, con sus respec-

tivos cónyuges y la descendencia de éstos, es decir los nietos del matrimonio base. Deben ser incorporados igualmente los colaterales, hermanos y hermanas de la pareja central, así como su descendencia. El resultado puede ser complejo y extenso, pero conviene concentrar la investigación sobre las tres generaciones más cercanas al núcleo: la propia de éste, sin importar diferencias de edad, sexo, estado o grado de parentesco (hermanos, cuñados...); la de los padres en sus diversos linajes; la de los hijos de la generación central, sobre todo la descendencia del matrimonio principal, pues los sobrinos, como los nietos y abuelos, tienen un papel menor, sirviendo su presencia, ante todo, para precisar la posición social de las diversas ramas familiares y el juego de las relaciones familiares. Si las necesidades del estudio lo requieren, la genealogía puede prolongarse en sentido ascendente, descendente o colateral; tomaremos entonces una nueva pareja que sirva de núcleo central y reconstruiremos el sistema de parentesco a su alrededor. Las genealogías sociales dan la misma importancia a los primogénitos y a los segundones, a las hembras y a los varones con sus respectivas líneas. Por eso nos parecen especialmente interesantes para el estudio de aquellas sociedades en que estos factores de rango interno en familias y linajes han ido perdiendo su antigua importancia³⁶.

El resultado de estas genealogías ilustra sobre la situación social de las sucesivas generaciones – y por tanto de la evolución del grupo – y pone en evidencia ciertos factores de explicación que, como hemos escrito líneas arriba, también A. Becchia echaba de menos en muchos trabajos: influencia de la dimensión de las familias, del papel ejercido en el destino individual por el dexo o la posición en el seno de la familia, por las dotes y las herencias recibidas, importancia efectiva de las relaciones ligadas al parentesco y a las alianzas, etc... El individuo aparece así integrado en el universo propio, adquiriendo su verdadero y enorme peso la consideración de lo privado. Por otra parte, con una visión histórica más amplia que no se limite exclusivamente a eso, se puede apreciar el efecto de las crisis políticas y económicas, de los cambios de regímenes o, simplemente, como señala Daumard, de las transformaciones institucionales o reglamentarias sobre las carreras de los individuos de extracción más alta o sobre las posibilidades de promoción de gentes modestas. La movilidad profesional y social queda así recogida en un nivel de comprensión superior originado por la contemplación integral de los «curricula». Finalmente, y ello no es nada desdeñable, la genealogía social inaugura la posibilidad de comprobar hasta qué punto la capacidad y el temperamento individual pueden ser factores determinantes del éxito o del fracaso social, pues «on constate qu'avec des conditions de famille identiques, à l'origine, l'aboutissement peut être fort différent»³⁷.

Estos planteamientos nos han ido acercando casi insensiblemente a los propios de otro modo de aproximación histórica de gran importancia, la prosopografía o biografía colectiva. También en este brillante campo de la investigación histórica la genealogía ha demostrado una gran utilidad cuando ha sido empleada con objetivos de análisis político y social.

A Lawrence Stone se debe una buena y sintética definición de la prosopografía: «...is the investigation of the common background characteristics of a group of actors in history by means of a collective study of their lives»³⁸. A ese fin, se establece el universo a considerar y se le somete a un conjunto de cuestiones acerca de temas tales como nacimiento y muerte, matrimonio y familia, orígenes sociales y posición económica heredada, lugar de residencia, educación, cuantía y fuente de la fortuna

personal, ocupación, religión, etc... La información así recogida sobre los individuos del grupo se yuxtapone y combina, permitiendo la creación de hipótesis sobre el comportamiento del conjunto.

Dos problemas, interrogantes básicos de la investigación histórica, el de las raíces de la acción política y el referente a la estructura y la movilidad social, han sido campos predominantes de actuación de la prosopografía. Respecto al primero, ha centrado sus estudios en el descubrimiento de los intereses profundos que la retórica política enmascara y en el análisis de las vinculaciones sociales y económicas de los grupos que la protagonizan; en el desvelamiento de la maquinaria política y de los personajes que la mueven. Ya en el segundo, los roles sociales, la evolución y cambio de los mismo, sobre todo en grupos específicos – normalmente pertenecientes a la élite – definidos por su status, profesión, cargos, etc... Particularmente provechoso puede resultarnos a nosotros su interés por el estudio de la movilidad social a través del origen familiar y geográfico, así como de otras instancias de la realidad personal, preocupación que comparte con la genealogía social.

Para tan ambiciosos objetivos, la prosopografía, y en particular aquel sector de investigadores que ha recibido el nombre de escuela elitista, utiliza las técnicas y fuentes genealógicas junto con otras que, como ellas, ponen su acento en las relaciones de grupo. Los ejemplos que podríamos mencionar son muy numerosos, comenzando por la clásica *The Roman Revolution* (Oxford, 1939), de sir Ronald Syme³⁹, donde la genealogía ha sido empleada de un modo sistemático, concienzudo y brillante, y sus frutos insertados sin violencia alguna en el curso de una sorprendente y vivaz explicación de los fenómenos políticos de uno de los períodos más enmarañados y difíciles de la Antigüedad clásica.

Ya anteriormente la prosopografía había demostrado con frecuencia su valía para los más diversos momentos históricos⁴⁰, pero los extraordinarios avances de las dos últimas décadas, protagonizados por la escuela elitista de Syme y la de masas de Namier, han permitido su aplicación «on a everwidening scale to every aspect of the historical process, at every time and in every place»⁴¹, aunque han sido los campos específicos de estos dos autores los que han experimentado un mayor entusiasmo por la prosopografía. Ello no debe extrañarnos, dado el carácter de las respectivas sociedades a las que dedicaron sus estudios. En cuanto a la romana, «intermarriage, collegiality, succession in office remain evidence for political alignments and should not be ignored... The family structure with its alliances was basic...». Respecto a la inglesa del siglo XVIII, «the various groups in the stablishment used the system to win place and office, the rewards of power, through a network of personal alliances... would reveal many of the secrets of power»⁴². Es fácil apreciar que esas condiciones pueden ser extendidas a otras muchas sociedades y momentos; en todos ellos la genealogía, bien en su condición de fuente, bien como técnica organizadora de materiales de origen muy diverso, ha aportado y sigue aportando su colaboración. Cuando Stone propone a la prosopografía como forma de aproximación adecuada para «combine the human skill in historical reconstruction through meticulous concentration on the significant detail and the particular example, with the statistical and theoretical preoccupations of the social scientists»⁴³, hasta el punto de que pudiera constituir el eslabón perdido entre la historia política y la historia social, nos introduce en un nuevo campo en el que la Genealogía podrá seguir demostrando sus virtudes, pues no en vano viene siendo utilizada como instrumento por unos y otros.

A estas alturas entendemos que nuestro pequeño intento ha quedado suficientemente probado. A través de diferentes escuelas y métodos, aplicados con preferencia sobre temas y épocas muy diversos, hemos podido ir comprobando el más que digno papel que la Genealogía ha conseguido reservarse. Aquí como fuente privilegiada y cada día más cotizada, allí como técnica de tratamiento de noticias y datos muy heterogéneos, su doble función ha conseguido el renovado aprecio de los historiadores. El futuro de este viejo género se halla ligado, pues, al de algunas de las más prometedoras tendencias historiográficas. Confiemos en el pronto fin de una marginación injusta en aquellos sectores en los que el prejuicio sigue ejerciendo su imperio.

RESUMEN

Tras destacar la permanencia de un cierto prejuicio antigenealógico en ciertos sectores de la comunidad científica, se pone de relieve el valor de la genealogía como fuente para la historia política, social y de las mentalidades, así como para la demografía histórica. Igualmente, se pondera su importancia como técnica de ordenación y presentación de materiales muy heterogéneos al servicio de formas de aproximación histórica como la histórica social – con particular mención de las genealogías sociales – y la prosopografía.

NOTAS

- 1 MEURGEY DE TUPIGNY, J.: «Généalogie», *L'Histoire et ses Méthodes*. Encyclopédie de la Pléiade, vol XI. Brujas, 1973, p. 725.
- 2 Idem, p. 724.
- 3 WILLIGAN, J.D. y LYNCH, K.A.: *Sources and Methods of Historical Demography*. Londres, 1982, p. 109.
- 4 Citado en idem.
- 5 GÉNICOT, L.: «Les Généalogies», *Typologie des Sources du Moyen Age Occidental*, fasc. 15. Brepols-Turnhout, 1975.
- 6 No conocemos ninguna obra semejante referida a momentos posteriores.
- 7 GÉNICOT, ob. cit., p. 11.
- 8 BARTRUM, P.C.: *Early Welsh Genealogical Tracts*. Cardiff, 1966.
- 9 GÉNICOT, ob. cit., p. 14.
- 10 La que constituye la «Sancta prosapia domini Arnulfi comitis gloriosissimi», injertada en 959–960 por Witger en una «Genealogia nobilissimorum Francorum imperatorum et regum dictata a Karolo rege, Compendiensis loci restauratore».
- 11 Puede encontrarse con alcance peninsular, a pesar del título, en MATTOSO, J.: «Os livros de linhagens portuguesas e a literatura genealogica europeia de Idade Media», aparecido en *Armas e Troféus*, 3ª seie, 5 (1976), pp. 132–150 y recogido en *A nobreza medieval portuguesa. A família e o poder*, Lisboa, 1987, pp. 37–55.
- 12 Idem, p. 40.
- 13 GÉNICOT, ob. cit., p. 35.

- ¹⁴ Estas posibilidades en DUBY, G.: «Estructuras de parentesco y nobleza en la Francia del Norte en los siglos XI y XII», *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, 1977, pp. 162–183; publicado originalmente en *Miscellanea mediaevalia in memoriam Jan Frederik Niermeyer*, Groninga, 1967, pp. 149–165.
- ¹⁵ Idem, p. 163.
- ¹⁶ THOMPSON, E.P.: «Folklore, antropología e historia social», *Historia Social*, 3 (1989), p. 90. Publicado previamente en *Indian Historical Review*, 3 (1976).
- ¹⁷ CHAUNU, P.: «L'économie: dépassements et prospective», *Faire de l'histoire*, dirigida por LE GOFF, Ph. y NORA, P., 3 t., París, 1974; t. II, p. 65.
- ¹⁸ HENRY, L.: «Une richesse démographique en friche: les registres paroissiaux», *Population*, VIII (1953), pp. 281–290; *Des registres paroissiaux à l'histoire de la population*, París, 1956; *Anciennes familles genevoises. Étude démographique: XVI^e–XIX^e siècle*, París, 1956.
- ¹⁹ *Actes du Colloque International de Démographie Historique (A.C.I.D.H.)*. Liège, 18–20 Avril 1963, París, 1965; p. 46.
- ²⁰ Idem, p. 45.
- ²¹ Idem, p. 334.
- ²² WRIGLEY, E.A.: *Identifying people in the past*, Londres, 1973.
- ²³ LASLETT, P.: «The history of population and social structure», *History and Social Science (International Social Science Journal)*, XVII, 1965, p. 583.
- ²⁴ WILLIGAN y LYNCH, ob. cit., p. 110–111.
- ²⁵ JETTÉ, R. y CHARBONNEAU, H.: «Généalogies descendantes et analyse démographique», *Annales de Démographie Historique. Démographie historique et Généalogie*, 1984, pp. 45–54.
- ²⁶ BIDEAU, A. y POULAIN, M.: «De la généalogie à la démographie historique: généalogie ascendante et analyse démographique», idem, pp. 55–69. Los autores suministran una interesante metodología específica para el aprovechamiento de esta clase de genealogías.
- ²⁷ WILLIGAN y LYNCH, ob. cit., p. 111.
- ²⁸ Idem, p. 112.
- ²⁹ RUWET, J.: «Les inégalités devant la mort. Les Pays-Bas et la Principauté de Liège du XVI au XVIII siècle», *A.C.I.D.H.*, p. 443.
- ³⁰ Nuestro punto de vista sobre esta particular cuestión del uso de la genealogía quedó recogida en *Caballería y linaje en la Sevilla medieval*, Sevilla-Cádiz, 1989, pp. 100–101. Insistíamos allí en la complementariedad de fuentes y, cuando no fuese posible el contraste, la utilización prudente de aquellos materiales que se tuvieran a mano.
- ³¹ Un extenso y variado repertorio de los esfuerzos para corregir los datos incompletos de una población genealógica en HOLLINGSWORTH, T.H.: «The demography of the British peerage», *Supplements to Population Studies*, 18, 2 (1964), citado en WILLIGAN y LYNCH, ob. cit., p. 116.
- ³² Idem, p. 50.
- ³³ Idem, p. 8. Sobre la cohorte, GLENN, N.D.: *Cohort Analysis*, Beverly Hills, 1977.
- ³⁴ BECCHIA, A.: «Etude des comportements démographiques et des mutations sociales à travers la reconstitution des lignées», *Annales de Démographie Historique. Démographie Historique et Généalogie*, 1984, pp. 25–44; p. 25–26.
- ³⁵ DAUMARD, A.: «Les généalogies sociales: un des fondements de l'histoire sociale comparative et quantitative», en idem, pp. 9–24.
- ³⁶ DAUMARD, Adeline, las ha empleado para la burguesía parisina de la primera mitad del XIX (*La Bourgeoisie parisienne de 1815 à 1848*, París, 1963) y PLESSIS, A., para la élite financiera francesa de ese mismo siglo (*La Banque de France et ses deux cents actionnaires sous le Second Empire*, Ginebra, 1982), pero, con las limitaciones que imponen unas fuentes mucho menos densas, las genealogías sociales siguen siendo

- muy útiles para períodos anteriores, así para fines del siglo XIV en nuestro «Poder urbano, política familiar y guerra fronteriza. La parentela de *Alonso Fernández Melgarejo* veinticuatro de Sevilla y alcaide de Zahara», *Andalucía entre Oriente y Occidente (1236-1492)*, Actas del V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía (Córdoba, 1986), Córdoba, 1988, pp. 367-377.
- ³⁷ DAUMARD, A., «Les généalogies sociales...», p. 13.
- ³⁸ STONE, L.: «Prosopography», en GILBERT, F. y GRANBARD, S.R. (eds.): *Historical Studies today*, Nueva York, 1972, pp. 107-140; p. 107.
- ³⁹ Hay traducción española muy reciente, debida a Antonio Blanco Freijeiro, Taurus, Madrid, 1989. Un buen resumen de los avances instrumentales y ámbitos de investigación, así como de las dificultades y limitaciones en el uso de la prosopografía en CABALLOS Rufino, A.: *La técnica prosopográfica en la Historia Antigua. Sir Ronald Syme in memoriam* (en prensa).
- ⁴⁰ Recuérdense los trabajos de BEARD, Ch. A.: *An economic interpretation of the Constitution of the United States*, Nueva York, 1913; de NEWTON, A.P.: *The Colonising Activities of the English Puritans*, New Haven, 1914; MUNZER, F.: *Römische Adelsparteien und Adelsfamilien*, Stuttgart, 1920; NAMIER, L.B.: *Structure of Politics at the Accession of Georges III*, Londres, 1929, y *England in the Age of the American Revolution*, Londres 1930, etc.
- ⁴¹ STONE, ob. cit., p. 112. *Namier*, especialmente, ejerció una enorme influencia sobre los especialistas en el siglo XVIII inglés de la generación siguiente a él.
- ⁴² BROUGHTON, T.R.S.: «Senate and Senators of the Roman Republic: the Prosopographical Approach», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, I. 1, pp. 250-265; p. 252-253.
- ⁴³ STONE, ob. cit., p. 134.